

Señoras y señores:

Si esta región de nuestro territorio y, especialmente, estas dos ciudades que en el fondo son una sola, que se llaman La Serena y Coquimbo, no tuviera otra cosa que su historia y sus tradiciones, ya sería un agrado venir a visitarlas. Pero no es eso solamente lo que a uno lo atrae a visitar esta región. A aquello que he mencionado se agrega una naturaleza hermosa que, para nosotros los sureños, resulta más atractiva porque es diferente; un clima sedante y grato y, por último, una cierta pujanza, una cierta inquietud y deseo de ser más y de progresar, que se advierte claramente al pisar tierra del Norte Chico.

Pero a estas razones, el Rector de la Universidad de Concepción ha de agregar algo más personal. Quien sabe si porque el padre de nuestra Universidad nació y salió de estas tierras; quien sabe si por simpatías y afinidades que crea a veces la distancia y la diferencia: el hecho es que con La Serena y Coquimbo nuestra Universidad tiene muy particulares vinculaciones. De La Serena van

muchos jóvenes a estudiar a Concepción y aquí, en este ambiente, hay muchos ex-alumnos que recuerdan a su Alma Mater, perdida entre las brumas y las lluvias del sur, con afecto y con nostálgica simpatía. No les extrañe, entonces, a Uds. que se encuentre aquí muy como en su casa, y pueda dirigirse a Uds. en una ocasión tan solemne y tan grata como esta, sintiendo que lo hace a un auditorio cordial con el cual, de antemano, hay un entendimiento.

Cuando Hernán Romero, este incansable propagandista de ideas y de inquietudes, que no pierde oportunidad de salir a desparramar su grano a lo largo del territorio, y si no lo sujetan, fuera de él, invitó a nuestra Universidad a participar en esta Escuela de Temporada, acogimos esta invitación con muchísimo agrado.

Ello coincidía, por otra parte, con nuestra propia posición frente a estas iniciativas. Por eso, aquí estamos, compartiendo con nuestros amigos de Santiago, de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica, y con Uds., los trabajos y los agrados de este acontecimiento.

Les digo con toda sinceridad que lamento que mis ocupaciones no me hayan permitido venir a estar aquí más días con Uds., y tener que limitarme a asistir solamente a esta ceremonia de clausura. Debo agregar, sin embargo, como un paréntesis, que si es a mí el que le toca cerrar la puerta, podéis estar seguros de que le voy a echar sólo una vuelta de la llave, y voy a dejar los pestillos levantados para que después la podamos abrir en cualquier momento sin ninguna ceremonia.

Las Universidades, hoy día, tienen funciones bastante diferentes de las que tenían hace años atrás.

Cuando muchos de nosotros estudiamos, la Universidad estaba constituida casi exclusivamente por sus Escuelas Profesionales, que funcionaban aisladamente, pacífica y pasivamente, atendidas por profesores de jornada parcial. El Salón de Honor de la Universidad de Chile se abría para uno que otro acto académico, y la Universidad misma no salía de sus murallas.

Hoy, las cosas han cambiado. Han cambiado en todas partes del mundo, porque la gente, la gente no universitaria, quiere compartir con legítimo

derecho, los tesoros de saber, de cultura y de arte que han acumulado las Universidades; porque los países quieren aprovechar de los conocimientos y de las investigaciones que realiza la Universidad; porque la Universidad misma siente la urgencia de salir un poco a la calle y estirar sus miembros y también compartir, no sólo contemplar, la vida. Y han cambiado en nuestra América y en Chile, porque aquí estas urgencias son mayores y porque, por desgracia, no estamos tan institucionalizados y la Universidad tiene que realizar deberes científicos, culturales y educacionales que, en otros países más adelantados, están confiados a otras instituciones que aquí no existen.

No digo yo si esto es bueno o es malo. Lo señalo como un hecho, producto de nuestra inmadurez y del atraso con que hemos despertado al mundo del desarrollo. En todo caso, puedo asegurarles que la Universidad chilena, la nuestra particularmente, lo toma con mucho agrado y, diría, con bastante espíritu deportivo.

La Universidad chilena tiene, así, una misión social bastante importante; misión que comprende, hoy día, no sólo enseñar las profesiones tradi-

cionales, sino preparar a los científicos, a los investigadores y a los ingenieros, diríamos, que el país necesita para conocerse, para investigarse y para desarrollarse. En que en el aspecto científico no se limita a investigar aspectos parciales de la ciencia pura, sino que se proyecta hasta la ciencia aplicada o la investigación al servicio del desarrollo y, aún, de la propia industria. Misión que no se limita a reservar sus ricas fuentes de cultura para los elegidos, sino que las ofrece y las va a entregar, a lo largo del país, para que en ella abreen su sed todos los que la tenían y, más aún, todos aquellos que, sin tenerla, la sienten despertar al sonar de su música.

Se ha hablado del despertar de nuestra América de su sueño colonial. Sí, despertó nuestra América de su sueño colonial en el curso del 1800 y se quedó con los ojos abiertos, pero en la cama. Cuando dió la hora el refoj del progreso y los demás están en pie y trabajando, ella ha tenido que vestirse apresuradamente para no quedar atrás.

Es el zafarrancho en que estamos viviendo. En todo orden de cosas tenemos que recuperar el tiempo perdido; tenemos que ponernos a la altura del tiempo, y como nos quedamos en cama aún cuando no dormíamos, gozando de los últimos estirones en el lecho tibio de las riquezas fáciles y del que-hacer tranquilo, henos aquí, trabajando apuradamente, febrilmente, para vencer el analfabetismo; para llevar nuestra educación a una altura compatible con el progreso actual; para producir lo que necesitamos consumir y vender; para dar cultura a una masa humana que se ha dado cuenta que el progreso existe y desea tenerlo.

Esto es lo que la Universidad trata de ayudar, entre otras iniciativas, con su Extensión Cultural. Hasta donde llegan nuestros conocimientos, en ningún país del mundo las Universidades tienen una Extensión Cultural tan activa, tan diligente, tan dinámica y, perdónenme la palabra, tan "turística" como en Chile. Desde Arica a Punta Arenas, las Universidades chilenas recorren el territorio año a año, llevando lo que tienen y tratando de satisfacer anhelos, avideces y esperanzas. Los

resultados, que no se miden en kilogramos, no pueden ser más satisfactorios. Basta sentir la acogida que encontramos en todas partes en donde levantamos nuestra carpa; basta sentir cómo los artistas locales integran jubilosos nuestra farándula; basta sentir cómo el público acude presuroso a llenar nuestras galerías; basta oír el cuchicheo de la gente, el comentario interesado del público, cuando abandona nuestros locales; basta ver los llenos que mañana a mañana y tarde a tarde tienen nuestras funciones; basta ver cómo nuestro equipo, nuestros profesores, nuestros conferencistas, nuestros artistas, son acogidos, son asediados y, por qué no decirlo, son agasajados.

Son siempre estas experiencias gratas, fructíferas y satisfactorias. Estoy seguro de que dejan algo; dejan mucho, porque la gente, cuando nos hemos ido, queda un poco mejor que antes que viniéramos; no porque nosotros hiciéramos un milagro, sino porque nuestra presencia, lo que la Universidad simboliza al venir aquí, despertó en ellos un afán que estaba dormido, y los hizo mejores.

Y nosotros también nos vamos un poco mejores, porque, así como cada uno de los que vino dió lo que tenía, tomó también de cada uno de los que asistieron, un buen poco para enriquecer su experiencia, para enriquecer sus inquietudes y para enriquecer su confianza en sí mismo y en su saber, con esta confianza más grande y más bella, que es la confianza en la potencialidad, en la ambición y en la capacidad de esfuerzo del hombre chileno.

Sólo por vivir esta confianza y sentir esta confianza vale la pena venir de lejos y decir una palabra, para compartir un poco la gloria de los que la merecen en estas jornadas que hoy día terminan; el mérito de los que dirigieron esta Escuela de Temporada; de los que dictaron los cursos y conferencias; de los que, con su presencia y su interés, transformaron esta Escuela en un foro, vivo, activo y fructífero.

IGG/mrs

Dr. Ignacio González G.
Rector